CAPITULO IV.

CIUDAD SANTA DE JERUSALEN.

§ I.

Su orígen, templo de Salomon, murallas y demas referente á su historia particular hasta su rebelion contra los romanos.

Pretenden algunos que Jerusalen fué edificada por los años de la creacion del mundo 2023, y segun otros en los de 1991 por el gran sacerdote Melquisedech, que la dió el nombre de *Salem*, cuyo significado es el de *mansion de paz*. Cincuenta ó sesenta años despues de su fundacion, los jebuseos, que descendian de Jebus, hijo de Canaan, se apoderaron de ella. Para asegurarse en su posesion, no solo aumentaron las murallas, sino tambien construyeron una fortaleza sobre el monte Sion, que llamaron *Jebus*. Algunos intérpretes están acordes en que de este nombre y del de Salem provino el de la ciudad de Jerusalen.

Josué se apoderó de ella, despues que en la Jornada de Gabaon venció é hizo matar al rey Adonisedec. Los jebuseos volvieron á ocuparla despues de la muerte de aquel general; pero muy luego fueron arrojados de ella por los israelitas, reteniendo, sin embargo, la fortaleza, de que perseveraron dueños hasta que sentado David en el solio de Israel, les atacó y echó de ella, eligiéndola entonces en capital del reino. Este Profeta-Rey la dió mayor extension, y Salomon su hijo la convirtió en una de las mas bellas ciudades del Oriente, levantando desde los cimientos el magnífico templo, del cual la Sagrada Escritura nos trasmite una minuciosa descripcion. Despues de los dias de este monarca, por los años de la creacion del mundo 3033 y bajo el reinado de Roboan su sucesor, cayó en poder de Sesach, rey del Egipto, el cual satisfecho con haber robado todos los tesoros del templo y del palacio real, se retiró con este botin inmenso, que entre otras cosas contenia los broqueles de oro que Salomon se habia mandado hacer. En seguida fué tomada por Joas, rey de Israel, bajo el reinado de Amasías; lo fué tambien por los asirios, durante el reinado de Manasés, y cuatro veces por Nabucodonosor, en tiempo de los reyes Joaquin, su hijo Jeconías, y Sedecías. El impío vencedor, lo pasó todo á sangre y fuego, arruinó toda la ciudad, y se llevó al pueblo cautivo.

Setenta años despues Jerusalen fué reedificada y poblada de nuevo hácia el año de la creacion del mundo 3468 (otros pretenden en el de 3466) por Cyro, que permitió á los judíos el regreso á sus hogares. El año 3831 cayó en poder

del rey de Siria, Antioco Epifano, que la entregó al saqueo por espacio de tres dias: hizo matar ochenta mil habitantes, vendió cuarenta mil, y se llevó un número igual de cautivos. Fué reconquistada por Júdas Macabeo, y por mas que los soberanos de la Siria la pusieron sitio, jamas pudieron ocuparla.

Desde esta época, Jerusalen disfrutó de paz y tranquilidad, hasta el reinado de Hircano y de Aristóbulo.

En 3941 las contiendas que sobrevinieron entre dos hermanos sobre recíprocas pretensiones al trono, no menos que á la dignidad de gran sacrificador, ofrecieron un pretesto á Pompeyo para marchar sobre la Judea, y sitiar la capital. Despues de una lucha de tres meses se apoderó de ella, profanando el templo por haber penetrado hasta el santuario, cuya entrada no era permitida sino á los sacerdotes; quiso ver todos los tesoros, pero no se apoderó de ninguno de ellos: causóle no tan solamente sorpresa sino tambien admiracion, cuando se le dijo que los peligros del sitio, durante el cual las máquinas asestaban contra el templo, no habian interrumpido las ceremonias y ministerio de los sacerdotes. Ordenó que se ofreciesen sacrificios á Dios, adjudicó á Hircano la dignidad de soberano sacrificador, con el gobierno de la nacion, sin suprimirle mas que el dictado de rey, y se volvió á Roma, trayéndose cautivo consigo á Aristóbulo con su familia.

Veintiseis años despues, Herodes llamado el Grande, aquel mismo en cuyo reinado nació el Salvador, apoyado por la liberalidad romana y hecho dueño del reino de la Judea por el crédito de Antonio, atacó á su vez á Jerusalen, que le opuso una resistencia vigorosa por espacio de cinco meses. Los romanos, por cuyos socorros triunfó, cometieron profanaciones y crueldades horrendas. Saqueando, quemando, y no perdonando clase, sexo, ni edad, lo hubieran convertido en un monton de escombros, si aquel por quien habian combatido, no hubiese aplacado el furor del general y del soldado por el oro que les prodigó.

En fin, para esta culpable Jerusalen (1), que despues de haber muerto á los profetas, y apedreado á los enviados de Dios, habia desconocido al Mesías, despreciado las advertencias mas tiernas de su amor, y colmado la ingratitud con el deicidio; en fin, digo, llegan estos desgraciados dias vaticinados por el Salvador, llorando sobre ella; estos dias en que le habia dicho: *Tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán de contramuro, y te estrecharán por todas partes; y te arrasarán con los hijos que tendrás encerrados dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado.* (*Luc.* XIX, 43, 44.)

§. II.

Rebelion de los judíos.—Sitio de Jerusalen por Vespasiano y Tito.—Su cerco y horrores.

Amenazados diariamente los judíos por el gobernador de la Judea, Floro, en sus vidas y haciendas, y cansados de suportar sus exacciones y tiranía, toman las armas, sacuden el yugo, y levantan el estandarte de la rebelion contra los romanos. Por mandato de Neron pasa Vespasiano con toda prontitud á la Palestina, con órden de esterminar los rebeldes si no vuelven á la obediencia. Con el fin de darles tiempo para reconocerse, comienza la guerra por la Galilea. Todo ce-

de á la vista del ejército, menos Jerusalen, cuyo sitio emprende el mismo Vespasiano, que promovido al imperio, regresa á Italia, confiando la prosecucion de la empresa á su hijo Tito.

Acontecia esto por los años 70, á las inmediaciones de la Pascua, en cuya solemnidad acudian de todas partes las gentes á Jerusalen para solemnizar la fiesta. Esta particular circunstancia, en lugar de aumentar la confianza de los revoltosos y hacerles creer eran invensibles, deberia haberles demostrado, no menos que al universo entero, la mas terrible y patente venganza divina. Dividen las facciones esta multitud inmensa: el gobierno pasa á manos de los mas sediciosos, miserables obstinados, resueltos á resistir hasta la muerte, no solamente al valor y esfuerzo, sino tambien á la clemencia y generosidad del enemigo.

Despues de prolongados trabajos, frecuentemente interrumpidos, y algunas veces destruidos en parte por la audacia de los sitiados, Jerusalen es *circunvalada de contramuro, y estrechada por todas partes.* El dia 18 de Abril ganan los romanos la primera muralla; el 7 de Mayo cae la segunda en su poder; el 7 de Julio se apoderan de la torre Antonia (2); el dia 10 de Agosto, á pesar de las órdenes rigurosas dadas por Tito para salvar el templo (3), las llamas devoran este magnífico edificio; el 7 de Setiembre se desploma la última muralla, y al siguiente dia el vencedor entra triunfante en la ciudad, cuyas calles, plazas y casas se ven atestadas de cadáveres y moribundos. El fuego acaba con los barrios que permanecieran en pié, los restos del templo son demolidos, y el carro rueda sobre sus ruinas.

La divina Providencia, para hacer mas ostensible al mundo su justicia, para confundir la incredulidad de los tiempos sucesivos, sin dejarla excusa alguna, dispuso que los detalles de esta espantosa desolacion fuesen entre otros, escritos por un hombre que á la vez fué actor y testigo, relacionado directa y públicamente con los sitiados y sitiadores, con los vencedores y vencidos, es decir, por un judío de la raza sacerdotal, político y guerrero á la vez, que á la cabeza de sus compatriotas, midió sus armas con Vespasiano por espacio de cincuenta dias; por un hombre que se presentó en la brecha, arrostrando mas de una vez los peligros de la muerte; en fin, por un israelita, que haciendo brillar sus nobles sentimientos y decision por los intereses de su religion y patria, no por esto dejó de rendir homenage al valor y generosidad del enemigo, y con tanta exactitud y precision, como que el mismo Tito quiso autenticar con su firma la historia que habia escrito, haciéndola en seguida depositar en la biblioteca romana, como uno de los mas hermosos monumentos de su gloria. Este hombre, sin conjeturar cuál era el oficio que iba á llenar en el plan de la Providencia, ha escrito, y va á manifestar lo que son los castigos, las discordias, el hierro, fuego, hambre, y peste, cuando vienen á ejecutar las órdenes de Dios sobre una ciudad criminal para vengar la sácrilega iniquidad.

"Dueño Tito de la segunda muralla, resolvió atacar la tercera. Era tanta el hambre entre los sitiados, que á pesar de los robos, no era posible pudiesen subsistir largo tiempo. . . .No habia duda en que Tito podia apoderarse de la plaza; pero como desease conservarla, al mismo tiempo que estrechaba el sitio, procuraba inclinar los judíos al arrepentimiento de su rebelion. Siguiendo esta idea, y persuadido de que algunas veces las razones son mas poderosas que las armas, creyó que debia unir los consejos á las acciones, exhortando á los sitiados á que pensasen en su bienestar, sin empeñarse en ulteriores porfías. A este fin escogió á Josefo, por creerle mas capaz que otro alguno de poderles persuadir, con motivo de ser de la misma nacion, y de hablarles su propio idio-

ma.... Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles para doblar á los facciosos. Sin embargo, conmovióse el pueblo en general, y trató de salvarse apelando á la fuga. Muchos vendieron lo mas precioso que tenian por una pequeña cantidad de piezas de oro, las cuales se tragaban para evitar que los facciosos se las robasen, fugándose despues al campamento de los romanos; pero Juan y Simon, gefes del gobierno, establecieron cuerpos de guardia en las puertas, no solo para impedir la entrada de los romanos, sino que tambien para evitar la fuga de los judíos; de suerte que la mas ligera sospecha bastaba para asesinar sobre la marcha á los que se suponian intenciones de desercion.

"Para los ricos era tan arriesgado el intentar escaparse, como el mantenerse quietos, porque bastaba que poseyesen algo, para tener un pretesto de asesinarles. Entre tanto el hambre iba siempre aumentando, lo propio que el furor de los facciosos, y ambos males, siempre en progresion respectiva, producian los mas terribles efectos. Como no se viese ya trigo en parte alguna, los enemigos de la patria, que habian encendido el fuego de la guerra, forzaban las casas para ver si le habia. Cuando por casualidad lo encontraban, apaleaban á sus dueños en castigo de no haberlo manifestado; pero cuando no lo encontraban les hacian cargo de haberlo ocultado, atormentándoles de mil modos para arrancarles una confesion, y bastaba para ser convictos la circunstancia de disfrutar buena salud. A los que encontraban reducidos al último extremo se ahorraban el asesinato, abandonándoles á los rigores del hambre. Muchos de los ricos vendian secretamente sus bienes por una medida de trigo, y los menos acomodados por una de cebada. Se encerraban despues en los parages mas apartados de la casa, donde unos comian este grano sin moler, otros le reducian á harina, segun se lo permitia la necesidad ó el temor. No se veia mesa puesta en ninguna parte, sino que cada uno arrebataba la comida de las ascuas sin darla el tiempo de cocerse. ¡Hase visto jamas miseria tan horrorosa! Solo se veian libres de ella los que empuñaban las armas, los demas lamentaban inútilmente su desgracia; y como ninguna consideracion ni miramiento se guardase por un mal tan urgente como es el hambre, las mugeres arrancaban el pan de las manos de sus maridos, los niños de las de sus padres, y lo que en otras circunstancias pareceria increible, las madres lo arrebataban de las manos de sus tiernos hijos. Los que así obraron no podian ocultarse y ponerse á salvo de que alguno no viniese á quitarles lo que habian arrebatado á otros; porque al descubrir una casa cerrada, al instante se sospechaba que dentro se comia, bastando esto para forzar desde luego las puertas, entrar y obligar á que se soltase lo que cada uno tenia en la boca. A los ancianos que se resistian, se les apaleaba, se cogia de la garganta á las mugeres que no querian dejar lo que escondian entre sus manos; y sin compadecerse de los niños que todavía mamaban, se les echaba al suelo, despues de haberles arrancado de los pechos de sus madres. Los que de este modo corrian para arrebatar el pan de los demas, se encolerizaban contra los que tenian mas ligereza, del mismo modo que si les hubieran gravemente ofendido. Se discurrian é inventaban toda especie de tormentos para encontrar el medio de vivir. A los hombres se les colgaba de las partes mas sensibles, metiéndoles en las carnes palos puntiagudos, con otras torturas desoidas, aunque no fuese mas que para obligarles á confesar que habian escondido un pan ó un puñado de harina. Creian estos verdugos que en esta extrema necesidad podian sin crueldad cometerse estas horrorosas inhumanidades, con las que recogieron víveres para seis dias. A los pobres les quitaban las yerbas, que con riesgo de sus vidas habian ido á recoger de noche fuera de las puertas, sin hacer caso de las deprecaciones que á nombre de Dios les hacian para que les dejasen una pequeña porcion, per-

suadidos era hacerles una distinguida merced, si les dejaban con vida despues de haberles robado lo que traian para conservarla.

"Así eran tratados por la soldadesca estos desgraciados. En cuanto á los de categoría, eran conducidos ante los tiranos, los cuales autorizaban todos estos crímenes; y con falsas suposiciones condenaban á muerte, á unos como complicados en la conspiracion de entregar la ciudad á los romanos, y á la mayor parte, á pretesto de quererse pasar al campamento enemigo. Simon enviaba á Juan á los que habia despojado de todos sus bienes, y Juan hacia otro tanto. Así se burlaban de la sangre del pueblo, repartiéndose las haciendas de aquellos desgraciados. Divididos por la ambicion de mando, les unia la conformidad de acciones. Entre ellos pasaba por malvado aquel que no hacia compartícepe al otro de sus robos, como si fuera á hacerle un grande agravio el negarle lo que la detestable sociedad de sus crímenes le hacia comun.

"Imposible seria querer referir uno por uno los crímenes de estos monstruos: bastará solo decir *que despues de la creacion del mundo, no creo se haya visto padecer tanto á pueblo alguno, ni conocido hombres de imaginacion tan fecunda en toda especie de maldades.* Vomitaban maldiciones sin cuento contra los de su propio pais, para que fuese mas soportable á los forasteros la rabia y furor que les tenian; y como cuando la corrupcion ha llegado á su último grado, infecta de tal modo el aire que ningun paliativo puede disimularla, mayormente cuando los efectos la descubren; así tambien la verdad forzaba á estos malvados á confesar que eran unos esclavos, hombres levantados de la nada, abortos y hez de toda la nacion. Pueden envanecerse de haber arruinado á Jerusalen, de haber precisado á los romanos á reportar una tan funesta victoria, de tenérseles por autores del primer fuego que se vió en el templo, ya que manifiestan sentimiento de habérsele pegado demasiado tarde. Ellos vieron con ojos enjutos arder la parte alta de la ciudad sin sentir la mas mínima conmocion, cuando hasta algunos romanos no pudieron ser insensibles á esta fatalidad.

"Entre tanto Tito hacia avanzar sus plataformas, por mas que los trabajadores fuesen molestados por los judíos desde las murallas: mandó que se emboscase en los valles una partida de caballería, á fin de sorprender á los que salian á buscar víveres, entre los cuales habia gente de guerra, por no bastar ya lo que habian robado dentro de la ciudad; pero la mayor parte se componia de pobres á quienes el temor de abandonar sus mugeres é hijos, expuestos á la rabia de aquellos furiosos, les impedia escaparse, sin embargo de que el hambre les forzaba á salir. La necesidad y el temor del suplicio les obligaba á defenderse cuando se veian descubiertos y atacados; y como no tenian que esperar misericordia despues de haber resistido, tampoco la pedian, y *se les crucificaba á vista de los sitiados.* Tito conocia que en esto habia tanta mas crueldad, en cuanto no se pasaba dia en que no fuesen aprehendidos 500, y algunas veces mas; pero no encontrando medio para deshacerse de los que habian sido presos, y siendo casi imposible custodiarles á causa de su número exorbitante, creyó que la vista de un espectáculo tan horrible conmoveria á los sitiados por el temor de ser tratados del mismo modo; porque la rabia y furor de los soldados romanos hacia sufrir á estos desgraciados antes de morir, todo cuanto puede esperarse de la insolente soldadesca. *Apenas bastaba el tiempo para construir cruces y encontrar sitio para plantarlas.* Estuvieron tan distantes los facciosos de cambiar por esto de sentimientos, que por el contrario, se acrecentó su furor. Arrastraron á las murallas, atados con cuerdas, á los amigos de aquellos que se habian escapado de la ciudad, y á los que habian manifestado mas deseos de paz, diciendo, que aquellos que estaban en manos de los romanos, no tenian la calidad de prisioneros si no de interceso-

res. Este artificio contuvo por algun tiempo á los que habian pensado escaparse; pero tan pronto como fué descubierto, huyó un gran número sin arredrarles el temor del suplicio, que no dudaban les estaba preparado. La muerte que creian recibir de mano de los enemigos, les parecia dulce en comparacion á lo que el hambre les hacia sufrir. *Tito hizo cortar las manos á muchos*, y en este estado les remitió otra vez á Juan y Simon, para que con esto vieran no eran trásfugas, y conocieran al propio tiempo su temeridad en obligarle á arruinar la ciudad, procurando por el contrario salvar sus vidas, su patria y este templo que no tenia otro igual. Mas al mismo tiempo aquel gran príncipe apresuraba sus trabajos, para reducir por la fuerza á los que no podia atraer por la razon.

"Las dificultades que se ofrecian para impedir las salidas, sugirieron á Tito la idea de elevar al rededor de la ciudad una muralla, cuya circunferencia fué de treinta y cinco estadios, con trece fortalezas de diez estadios de periferia: parece increible que esta grande obra fuese principiada y acabada en tres dias.

"Al verse encerrados dentro de la ciudad los judíos, perdieron toda esperanza: el hambre iba siempre en aumento y devoraba familias enteras: las casas estaban atestadas de cadáveres de mugeres y niños, y las calles de ancianos. Los jóvenes, hinchados y lánguidos, recorrian las plazas públicas con paso vacilante, teniéndoseles mas bien por espectros que por vivientes: si caian era para no volver á levantarse mas. No tenian fuerzas para enterrar los muertos, y aun cuando las tuviesen, su número y la incertidumbre del tiempo que les quedaba de vida les retraia de efectuarlo. Si algunos por medio de esfuerzos inauditos quisieron cumplir con este acto de piedad, espiraban al ir á desempeñarlo. Otros se encaminaban como mejor podian al lugar de la sepultura, para aguardar el momento de su muerte, que no se hacia esperar mucho. En tan espantosa miseria, no se veia derramar lágrima alguna, ni se oian gemidos, porque el hambre horrorosa que sofocaba el alma, acallaba todos los demas sentimientos. Los que vivian miraban los muertos con ojos enjutos; y sus labios hinchados y cárdenos descubrian la muerte pintada en sus semblantes. El silencio era tan profundo en la ciudad que mas parecia sepultada en el sueño de la noche, ó bien que sus habitantes la habian abandonado. En este estado los malvados autores de estas miserias todavía mas crueles que el hambre misma y que las bestias mas feroces, entraban en las casas convertidas en sepulcros, desnudaban los muertos, despojándoles hasta de la camisa, y añadiendo á la burla la mas insolente inhumanidad, pasaban de parte á parte los cuerpos de los que todavía respiraban, para probar si sus espadas estaban bien afiladas; pero por una crueldad enteramente opuesta, se negaban con desprecio á matar á los que se lo rogaban, ó á dejarles las espadas para hacerlo por sí mismos, á fin de librarse de las torturas que el hambre les ocasionaba. Al exhalar el último suspiro, los moribundos volvian sus ojos hácia el templo, y se les traspasaba el corazon de dolor al considerar que sus infames profanadores quedaban todavía impunes. Estos mónstruos de impiedad, en un principio hacian enterrar los muertos á expensas del tesoro público para librarse de la hediondez; pero llegó el tiempo en que nada bastaba, y desde las murallas les mandaban echar á los fosos. Fué tanto el horror que causó á Tito al ver los fosos llenos de cadáveres, cuando salió á reconocer la ciudad, que levantando las manos al cielo, *tomó á los dioses por testigos de que él no era la causa de aquella carnicería.*

"Muchos de los que se escapaban de Jerusalen se tiraban de lo mas alto de las murallas para salvarse; otros tomaban piedras con pretesto de servirse de ellas contra los romanos, y en seguida se pasaban á su campamento. Pero despues de evitado un mal, caian en otro peor, porque el alimento que tomaban entre los

romanos les daba una muerte no menos pronta y horrorosa que la causada por el hambre; porque hinchados como hidrópicos, comian con tanto afan para llenar este vacío, que caian en desfallecimiento y reventaban casi al mismo tiempo. A los que estos ejemplos hacian mas precavidos, evitaban el inconveniente no comiendo sino de poco en poco, para acostumbrar su estómago á ejercer las funciones ordinarias. Hemos visto por nuestros ojos que los que querian ponerse en salvo se tragaban el oro, del que habia una tal abundancia en la ciudad, que lo que antes valia veinticinco áticos, no se estimaba mas que en doce. Como uno de estos trásfugas fuese sorprendido en el campamento de los sirios en el acto de buscar en sus propios escrementos el oro que se habia tragado, desde luego corrió la voz de que los desertores venian con las tripas llenas de este precioso metal; por cuyo motivo muchos de los sirios y árabes abrian el vientre de aquellos desgraciados para buscar en sus entrañas algo con que satisfacer su abominable avaricia. A mi modo de entender este hecho es la mas horrorosa de las crueldades cometidas contra los judíos, por grandes y estraordinarias que hayan sido las demas, bastando el decir que en una sola noche diez mil acabaron su vida con una muerte tan horrorosa.

"Fué tal el horror de Tito por estas atrocidades, que se decidió á sorprender los culpables con la caballería para esterminarles; y lo hubiera ejecutado, si su *número no hubiese excedido en mucho al de los muertos.* Entonces mandó reunir todos los gefes, tanto de sus tropas auxiliares como los del imperio, por haber algunos soldados romanos héchose cómplices de semejante crímen, y encolerizado les dijo: "¿Es posible que entre vuestros soldados se encuentren hombres, "que excediendo en crueldad á las bestias mas feroces, hayan osado cometer un "delito tan detestable, por la sola esperanza de una ganancia incierta, no conteniéndoles el rubor de enriquecerse por un medio el mas execrable? ¡Y qué! ¿los "árabes y los sirios tendrán la audacia de cometer estas horrendas inhumanidades en una guerra en que nada les atañe, y darán con esto motivo para atribuirlas á los romanos, cuando ellos las cometen impulsados por su avaricia, crueldad y rabia contra los judíos?"

"Despues de haberse expresado así este grande y justo príncipe, declaró, que si hubiese alguno tan malvado y atrevido que osase en adelante cometer estos excesos, pagaria con la vida su delito; y ordenó al propio tiempo á todos los oficiales de las legiones, vigilasen escrupulosamente á los que infundiesen alguna sospecha. Pero el temor del castigo es muchas veces impotente para reprimir la avaricia: el amor á las riquezas es tan natural en muchos, que esta abominable pasion aumenta en vez de disminuir con los años, lo que no sucede en las demas. *Dios, que habia condenado á este miserable pueblo á perecer, permitió que todo cuanto hubiera podido contribuir á su salvacion, se convirtiese en su ruina.* Por esta razon se cometia en secreto lo que las penas establecidas por Tito impedian cometerse públicamente. Estos bárbaros, despues de asegurarse que no eran vistos de los romanos, continuaban abriendo las entrañas á cuantos fugitivos caian en sus manos, solo con el objeto de buscar el oro, y de satisfacer, por unos medios tan abominables, el ardiente deseo de enriquecerse, bien que las mas veces nada encontraban. De este modo la mayor parte de estos desgraciados, sabedores de la suerte infausta que les esperaba, permanecieron y fueron víctimas de los tiranos en la nefanda ciudad, no atreviéndose á pasarse á los romanos.

Mientras tanto el hambre continuaba haciendo tales estragos en la ciudad, que no es posible describir el número de las víctimas. ¿Quién podrá referir en efecto los espantosos estragos que causaba y las horrorosas tropelías á que dió lugar? Bastaba la mas ligera sospecha de que en alguna casa quedaba comestible, para

que se la declarase la guerra. Los mejores amigos se convertian en contrarios, al tratarse de la conservacion de sus vidas, por medio de lo que se habian arrebatado los unos á los otros. A los moribundos no se les daba el menor crédito cuando aseguraban no les quedaba recurso alguno; y se les registraba para averiguar si en efecto habian ocultado algun mendrugo. Luego que estos hombres, de que apenas les quedaba la figura, se veian engañados en la esperanza que tenian de encontrar con que saciarse, se les creyera perros rabiosos, y cualquier tropiezo les hacia vacilar como borrachos. No les bastaba registrar una sola vez todos los rincones de una casa, sino que lo repetian muchas; y su rabiosa hambre les hacia coger para servirles de comida aquello mismo que al animal mas inmundo hubiera repugnado. Convertian en alimento el cuero de los zapatos y broqueles, y un puñado de heno podrido se vendia á cuatro áticos. ¿Pero á qué detenerme en cosas inanimadas para hacer comprender hasta qué punto llegó esta espantosa hambre, cuando tengo una prueba auténtica, y sin ejemplo entre los griegos, y aun entre las naciones mas bárbaras? Lo que voy á referir es tan horroroso, que no me atreviera á decirlo si no me constase por varios testigos, y si en los males que ha sufrido mi patria, no la sirviese de un débil consuelo el suprimir su memoria.

"Una señora llamada María, hija de Eleázar, muy rica, habia venido con otras de la villa de Bathecor, es decir, *casa de hisopo*, á refugiarse en Jerusalen, donde se encontró sitiada. Los tiranos, bajo cuya crueldad gemia desgraciadamente esta ciudad, no se contentaron con robarla cuanto habia traido de mas precioso, sino que la quitaron todo lo que habia escondido para poderse alimentar. El sentimiento de verse tratada de este modo la puso en tal estado de desesperacion, que despues de haber echado mil imprecaciones contra ellos, no omitió palabra de ultraje para irritarles, con el solo objeto de que la mataran; pero entre estos tigres no se encontró uno que, ó por efecto del resentimiento de tantas injurias, ó por compasion, quisiera hacerle esta gracia. Cuando se vió reducida al último conflicto de no esperar alivio de parte alguna, con el hambre que la devoraba, y aun mas que ella el fuego de la rabia que la abrasaba el corazon, concibió una idea de que se estremece toda la naturaleza. Arranca su hijo del pecho, y le dice: "Hijo desventurado, cuyo infortunio no se puede bastantemen-"te deplorar, por haber nacido entre la guerra, el hambre y las diferentes fac-"ciones que á competencia conspiran á la ruina de nuestra patria; ¿para quién "te conservo yo? ¿Será para ser esclavo de los romanos, si quisiesen salvarnos "la vida? ¿por ventura el hambre no nos la quitará antes que pudiésemos caer "en sus manos? Y estos tiranos que tanto nos han hecho sufrir, ¿no son por "ventura mas temibles y mas crueles que los romanos y que el hambre misma? "Vale mas que tú mueras y me sirvas de alimento, para hacer rabiar á estos fac-"ciosos, y llenar de espanto la posteridad con una accion tan trágica, la sola que "falta todavía para colmar la medida de los males, que hacen de los judíos hoy "dia el pueblo mas desgraciado de cuantos existen sobre la tierra...." Acabado este razonamiento, mata á su hijo, le cuece, come una parte de él, y reserva la otra oculta.

"Estos malvados, cuyo alimento único eran las rapiñas, entraron poco despues en la casa de esta señora, y habiendo percibido el olor de esta carne abominable, la amenazaron de muerte, si no les enseñaba lo que tenia preparado para comer. Ella les respondió que todavía le quedaba parte, y les presentó en seguida los lastimosos restos del cuerpo de su hijo. Por mas que su corazon fuese de bronce, un tal espectáculo les causó tanto horror, que los dejó del todo atónitos. Pero ella en el trasporte en que la tenia su furor, les dijo con osadía:

"Sí, este que veis es mi propio hijo, estas manos se han empapado en su san-"gre. Bien podeis vosotros comerlo, cuando yo he sido la primera en hacer-"lo. ¿Sois por ventura vosotros menos atrevidos que una muger, ó teneis mas "compasion que una madre? Si vuestra compasion no os permite aceptar esta víctima, yo acabaré de comérmela." Estos hombres que hasta entonces no sabian qué cosa era humanidad, salieron temblando de aquella casa; y por extremada que fuese el ansia que tenian de encontrar algun alimento, abandonaron á la desgraciada madre los restos de esta detestable carne, para que se los comiera.

"Circuló al momento por toda la ciudad la noticia de esta accion para siempre detestable. El horror que todos concibieron fué tal, como si cada uno en particular hubiese cometido un crimen semejante. Los mas acosados del hambre ansiaban acabar pronto con la vida, creyendo felices á aquellos que habian muerto antes de haber podido ver, ó tener conocimiento de un hecho tan execrable.

"La nueva de este niño sacrificado por su misma madre al deseo de su propia conservacion, llegó muy pronto á los campamentos romanos. Unos dudaban de su exactitud, otros les excitaba á compasion; pero en la mayor parte aumentó la rabia que ya tenian contra los judíos. Tito, para justificarse de este hecho ante los dioses, protestó altamente: "Que habia ofrecido á los judíos una amnis-"tía general, y pues que ellos anteponian la rebelion á la obediencia, la guerra á "la paz, el hambre á la abundancia, y que habian sido los primeros en poner "fuego con sus propias manos al templo, que él de todos modos habia procura-"do conservarles; merecian por ello verse forzados á comer una carne tan detes-"table; pero que sepultaria este horrible crimen bajo las ruinas de su capital, á fin "de que cuando el sol girase al rededor del mundo, no se viese obligado á ocul-"tar sus rayos, para no mirar una ciudad en que las madres se alimentaban con "la carne de sus hijos, y en la que los padres no son menos culpables, cuando "tan extraordinarias miserias no les obligan á soltar las armas." Tales fueron las palabras de este gran príncipe, quien considerando hasta qué exceso llegaba la obstinacion y rabia de los facciosos, no podia persuadirse que despues de haber sufrido las calamidades, cuya sola aprension debiera haberles atraido á mejor partido, nada fué capaz de hacerles cambiar su primera resolucion.

"Lejos de mantenerse pacíficos, hicieron otra salida contra los sitiadores, llegando con ellos á las manos. Los romanos les dispersaron, persiguiéndoles hasta el templo.

"Entonces un soldado á quien no se habia dado órden alguna, y sin recelar que cometia un horrendo sacrilegio, pero como excitado por un *movimiento de Dios*, se hizo levantar por otro de sus camaradas, y por la ventana de *oro* echó un tizon encendido al parage por donde se comunicaba desde el templo á los edificios que tenia á su alrededor por la parte del Septentrion. El fuego prendió desde luego, y en esta última de las desgracias, los judíos llenaban los aires de gritos espantosos. De todas partes corrian para remediar el desastre, y nada en efecto podia con mas razon obligarles á arriesgar sus vidas por el deseo de conservar este templo, objeto de todos sus cuidados.